

Biblioteca Nacional
E-814-CORN

PEDRO CORNEJO M.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA

VELADA MUSICO-LITERARIA

DEL 26 DE MAYO DE 1901

CON MOTIVO DE LAS FIESTAS DE CANONIZACIÓN DE

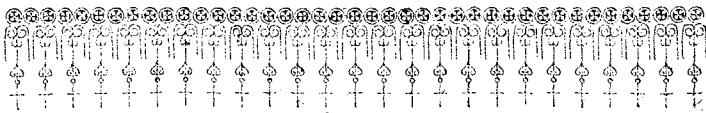
SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE



QUITO

IMPRESA DE ESPEJO

1901



Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo,

Señores:



Es esta la primera vez que subo á la tribuna; y ante un auditorio tan escogido como el que me escucha, la idea de mi insuficiencia me acobarda. Pero condición de la humana naturaleza es la necesidad que el hombre siente de comunicar á sus semejantes los movimientos del corazón. Cuando nos oprimen las amarguras de la vida, las lágrimas son el lenguaje del dolor, y lágrimas no lloradas vuelven al corazón de donde manan, "y allí se detienen invisibles, más puras, pero no heladas, y más amargas, cuanto menos reveladas". Y cuando las alegrías vienen á dilatar el corazón, es necesario que esos sentimientos salgan de donde nacen, para dar lugar á nuevas expansiones; porque así como la dilatación, donde no existe espacio, se convierte en opresión,

así los mayores contentos guardados en la estrechez del corazón también nos oprimen y hacen saborear el acíbar del pesar, que nos causa la soledad y el silencio en nuestras felicidades.—Por consiguiente la necesidad de hablar la imponen los propios sentimientos; y la necesidad de que yo os dirija la palabra en estas solemnes circunstancias, nace del aprecio que tengo á la educación cristiana; pues con gratitud recuerdo que, en la mañana de mi vida, los sabios hijos de Loyola fueron los que dirigieron mis vacilantes pasos por el sendero de la verdad y del bien: por tanto sé lo que vale, y tengo el suficiente conocimiento de la utilidad de una educación cristiana.

“No conozco más grandes hombres, que los que hacen grandes servicios á la humanidad”, decía Voltaire; y la Iglesia, al presentarnos sobre los altares al Fundador de los Hermanos de las EE. CC., San Juan Bautista de la Salle, preséntalo al mundo como el modelo de los hombres que deben entregarse á trabajar por el progreso de la humanidad. ¿Y acusan á nuestra Religión de retrógrada? Abrid el templo y sobre sus altares encontraréis los verdaderos monumentos de la civilización.

Mientras algunas naciones, por méritos reales ó aparentes, levantan estatuas, que desaparecen con el transcurso de los tiempos, para inmortalizar á un genio; la Iglesia es la única que ofrece la verdadera inmortalidad al mérito; ella, por do quiera y en todo tiempo, erige altares, levanta templos á esos hombres que, como Ignacio de Loyola y Juan Bautista de la Salle, se han dedicado á cultivar en los pueblos el germen de la verdadera civilización. Prescindiendo de las esperanzas del creyente, son éstas estímulos poderosos, y con ellos la Religión ha cultivado las virtudes sobre la tierra, y ha plan-

tado sobre el mundo la verdadera civilización y el legítimo progreso.

Estudiemos en sus obras al distinguido hijo de la Francia, porque allí encontraremos sus méritos; y para conocer la utilidad de la obra del Canónigo de Reims es necesario descender á su objeto y estudiar Á LA EDUCACIÓN, Á LA EDUCACIÓN EN SUS RELACIONES CON LA MORAL, Y Á LA EDUCACIÓN EN SUS RELACIONES CON LA FE. Para esto aprovecho, Señores, de vuestra benévola atención.

I

Dirigid una mirada al Universo, y en este magnífico cuadro de la naturaleza observaréis que todos los seres, mediante el ejercicio de su actividad, se encaminan á conseguir la perfección característica de su especie.

Los astros que resplandecen en el firmamento y aun la tierra que habitamos, son los resultados de los movimientos con que la materia se encamina á la perfección de su sér. Allá, en el génesis de la existencia de estos cuerpos, fue uno sólo el germen de donde se desprendieron estas luminosas esferas, que flotan en los espacios. En medio de la nada, en la soledad del caos se oye el FIAT, que da ser á la materia, ó sea á la masa que debía servir para formar á todos los seres, que pertenecen al orden de lo sensible. Y entonces, una esfera de gas es la que se mueve por primera vez en el espacio.—La primera perfección que esta masa adquiere, es la de comenzar á condensarse y pasar del estado gaseoso al líquido; mas, á medida que esta esfera disminuye de volumen, aumenta la velocidad del movimiento de rotación, y con ella la fuerza centrífuga, que tiende á separar las partes que la

componen, hasta que se desprenden de esta masa gaseiforme anillos, que divididos á su vez, vuelan por todas partes, hasta que la fuerza de cohesión recobre su equilibrio: así todos estos desprendimientos fijan su órbita en rededor de su centro; y este líquido salpicado en el vacío forma las constelaciones, cuya encantadora belleza arrebató el alma y cuya armonía es el objeto de las más profundas investigaciones. Aquí vemos, Señores, cómo la materia, á pesar de su inercia se eleva; y cómo la materia progresa.

Junto á este proceso mecánico se efectúa el de las combinaciones químicas. Con el progreso del enfriamiento las moléculas de las diversas sustancias simples, desunidas en virtud de la fuerza disgregadora de la ebullición, se encuentran, se combinan y multiplican el número y la diversidad de ellas; y éstas á su vez, preparan las complicadísimas condiciones necesarias para la existencia de los organismos. La materia llega al término de sus perfecciones, cuando puede dar hospedaje á la vida; y ésta á la vez, es un nuevo germen de las perfecciones de aquella. Cuando la materia recibe el aliento de la vida, recibe la capacidad de desenvolverse mediante la acción del crecimiento y de la sensibilidad. Y aquí, en los animales y en las plantas, observamos el mismo paulatino y sucesivo desarrollo con que el Autor de la naturaleza encamina todas las cosas á su fin.

Educar es formar, educar es progresar, y en el sendero que recorre la existencia de todas las cosas hemos visto que hay una formación y un desarrollo; de donde se deduce que la Divina Providencia es la maestra de la naturaleza, y que la educación es el orden con que los seres se enlazan unos con otros hasta llegar á Dios, que es término de las aspiracio-

nes de todo lo creado. Esta formación y este progreso, con que todas las cosas se encaminan á su fin, aun sin saberlo, sin sentirlo, y sin quererlo, como ciegos instrumentos de los designios de su Creador, forman uno de los más profundos conceptos, que á mi modo de ver, sobre la educación se han emitido. La Divina Providencia, Señores profesores, que con voz muda, con impresión poderosa, con mandato secreto señala el origen y el término de todas las cosas, forma y dirige la acción de todos los seres, es el modelo de todos aquellos hombres que se dedican á levantar las inteligencias y formar los corazones.

La educación en el sentido propio de la palabra, no es otra cosa que esta ley del desarrollo aplicada á la formación moral del individuo.

Si vamos siguiendo las aspiraciones del hombre y los pasos que debe dar para llegar á su fin, no podremos poner en duda que el entendimiento está llamado á progresar y la voluntad á elevarse.

Cuando raya la aurora de la existencia del hombre, cuando nace el niño, éste nada sabe; y desde esta ignorancia, la razón debe levantar su vuelo y cruzar las regiones luminosas de la verdad hasta tocar con lo divino. Dios es el término de la aspiración de todo pensamiento; porque Él es el foco de donde se desprenden las luminosas y apacibles irradiaciones de la verdad; fuera de esta órbita los demás conocimientos no son sino ígneas exhalaciones que nacen de inmundos fangos, y que lanzados en la noche del error, ofuscan más bien que aclaran. Cuando la inteligencia se eleva á estas regiones infinitas, debe llevar consigo el corazón. Mas hoy que para la enseñanza no se tiene en cuenta la moral; hoy, que se la emancipa de la fe, necesario es, Señores, examinar la relación que

debe existir entre el objeto del saber y la moral del querer. Pasemos á la segunda parte de mi discurso.

II

Conforme á esta ley del desenvolvimiento de la actividad de los seres, progresar es el destino de la humanidad sobre la tierra; y como sabiamente lo advierte nuestro filósofo: *el verdadero progreso del individuo y de los pueblos, consiste en elevarse hacia arriba; porque arriba está la patria, arriba el verdadero centro de todas las humanas aspiraciones.* “Mas los hombres superficiales”, según el decir del mismo autor, “creen que la prosperidad y el engrandecimiento de las naciones consiste en ir adelante, derribando con el hacha demolidora de la revolución los eternos principios y los dogmas fundamentales de la sabiduría” (1).

La verdad es la suprema ley del pensamiento; y esta verdad, alcanzada por el entendimiento, no es otra cosa que la especulación del bien. Y así como de nada sirven los más fecundos principios sin sus aplicaciones, de nada tampoco sirve el conocimiento de las más profundas verdades, si nuestra voluntad está lejos de ellas; pues una ciencia sin moral es como el instinto de los brutos: un conocimiento sumido en el fango de las pasiones. Util y aun necesario es instruir á la niñez en los rudimentos del cálculo, de las artes y aun de las lenguas; pero es indispensable el formar el corazón, por ser lo que asegura en las familias la autoridad paterna, la piedad filial, la unión de los esposos, la fidelidad de los criados y todas las demás virtudes

(1) P. Manuel J. Proaño, en su Catecismo Filosófico.

domésticas; y en la sociedad civil, la estabilidad de las instituciones, el respeto á las leyes y la sujeción á los magistrados. Es necesario cultivar la inteligencia y formar el corazón, porque los niños son las flores que despiertan la risueña esperanza del porvenir; pues de la formación de esos, que deben ser los ciudadanos de mañana, depende el destino de la sociedad. Por esto, *educar es, sin contradicción, el objeto más importante para el orden social: interesa al niño, porque logra un bien personal; á la familia, porque logra un bien particular; y al Estado, porque logra un bien general. Los demás bienes se pierden y disipan. Con dificultad se pierde una buena educación, y por desgracia tampoco se pierde una mula.* (1) Y educar bien es animar la inteligencia con el conocimiento de verdades y esforzar la voluntad con la práctica de las virtudes. Pero si la enseñanza se comunica por medio de la palabra, la moral se enseña por medio del ejemplo; y por esto el maestro debe ser la imagen viva de la virtud, para presentarla fácil y hacedera á los ojos del niño. Y entonces, como dice D' Aguesseau, *no es la virtud elevada por encima de la humanidad, que los filósofos la presentan sobre una roca escarpada y en las extremidades de un largo y áspero camino; el ejemplo es la virtud presente, accesible ó por mejor decir, familiar, que aprenden pronto los niños por afición y por instinto, que creen ver y tocar; y que parece toma una forma corpórea para acomodarse á su razón naciente; y para excitar en ellos, no una admiración estéril, sino una imitación utilísima.* Este debe ser el maes-

(1) Diderot y d' Alambert. Enciclopedia.—Art. Educación.

tro, para confiarle lo que hay de más caro al corazón de un padre: el candor celestial de la inocencia, que abriga el corazón del niño; lo que hay de más precioso para la Religión, como es el alma; lo que hay de más noble en el hombre: la inteligencia y la voluntad; para confiarle el honor de las familias; la esperanza y tranquilidad de los estados. Oficio de hombres virtuosos es éste; y ¡ay de los pueblos en donde la educación se confía á aventureros de moral y religión desconocidas!; porque difícil es reproducir la luz cuando llega á apagarse. *“Basta un solo hombre, y mucho menos tiempo que un siglo para embrutecer á una nación; y para reanimarla se necesitan una multitud de hombres y de muchos siglos”*. (1) Por tanto obra de interés y de conservación social es confiar la educación de los niños, á los que, como los hijos de la Salle, se dedican al ejercicio de la virtud.

La ciencia y la moral son los faros que enseñan el puerto de la vida: mientras la inteligencia se agita en busca de la verdad, las sociedades y los particulares recogen de la moral los frutos de bondad y de justicia.

III

El entendimiento humano está llamado, en sus investigaciones, á recorrer los espacios que distan entre la nada y lo infinito; pero más allá de los alcances de la humana inteligencia, más allá de lo creado está lo incomprensible, está lo divino; mas á estas inaccesibles alturas se eleva la inteligencia en alas de la fe. Estas sublimes verdades deben ser

(1) Palabras de Dumarsais.

los principios elementales en la educación de la infancia. Veamos la razón:

Aunque el fin es el último en orden á la consecución, es, sin embargo, el primero en orden á la intención del agente; de donde se deduce claramente que, cuando el hombre comienza la carrera de la vida, es necesario que conozca á Dios, que es el término de ella; puesto que el hombre, como agente libre, tiene en sus manos la consecución de su destino. La fe que nos enseña estas verdades de ultratumba, es la luz que debe alumbrarnos en el proceloso mar que surcamos en la noche de la vida; es la columna de Israel, que encamina á los hombres por el desierto de este mundo. Los destellos de esta luz deben ser los primeros crepúsculos de la razón del pequeñuelo que comienza á dar los primeros pasos en el sendero de esta penosa existencia; para que viendo por medio de la fe donde está su fin, pueda encaminarse y dirigirse á él.

Instruir y educar, dar á la inteligencia la verdad y ofrecer al corazón el bien, son las penosas labores de los operarios de la verdadera civilización y del legítimo progreso; y como no hay ciencia sin fe ni moral sin Religión, es necesario que aquel que debe ser maestro de la inteligencia y modelo del corazón, sea también sincero creyente y profundamente religioso.

Decídme, qué sería del niño, qué del hombre que se empeñara en ser el autor de todos sus conocimientos? La historia, mensajera del pasado, debería desaparecer á los ojos de aquel que niega su asenso á toda clase de autoridad. Cuando la geografía le ofrezca el conocimiento de los pueblos que existen sobre la superficie de la tierra, querría ver con sus ojos todas esas regiones para convencerse de su existencia. Y en una sola palabra, la razón

sín la fe viviría en la intranquilidad de la duda:

En toda clase de ciencias, los ajenos conocimientos son el punto de apoyo que sirven para que el entendimiento comience á dar pasos en el camino del saber; pues es indispensable conocer una cosa para llegar al conocimiento de otra; mas como el hombre viene á este mundo desprovisto de todo concepto, debe pedir á la sociedad y á la familia por lo menos esos primeros conocimientos, so pena de quedar la inteligencia reducida á la inacción, á la manera de una fuerza que permanece en la inmovilidad por falta del impulso de un primer motor. A la razón se le despierta del letargo de la ignorancia con esos conocimientos que se infunden á los niños en el hogar, con las ideas que se les sugiere en los planteles de educación; pero á la manera que la dirección del movimiento se lo da el motor, así la dirección que toma el entendimiento, en la carrera de sus investigaciones hacia la verdad ó hacia el error, depende de este primer impulso que suele recibir la inteligencia. Por desgracia, Señores, el hombre es falible y puede engañarse y engañarnos; y engañándonos, sumímonos en la mayor de las ignominias: el error. Este es el peligro de hacer de la autoridad puramente humana la única base de la educación; pero haced que dé esa vacilante razón sus primeros pasos con apoyo de las verdades reveladas, y la veréis lucir como la aurora con los reflejos de la luz, que brota la verdad espontáneamente de su seno; porque augusta es la fe é infalible la revelación.

La religión es la que introduce en el alma el pensamiento de la Divinidad; y por medio del temor y las esperanzas de la vida, que llamamos de ultra tumba, le hace capaz de todos los esfuerzos y de todos los sacrificios que puede exigir la virtud:

así, y sólo así, vive la verdad y la justicia en medio de los hombres: así, y sólo por medio de una educación religiosa se puede hacer de los niños hombres virtuosos y ciudadanos útiles. No son estas puras teorías, se fundan en hechos que la historia de la Iglesia nos presenta al través de diez y nueve siglos. ¿Por qué cuando nuestra Religión aparece sobre la tierra, la luz cunde y la caridad se propaga? ¿Por qué las ciudades más corrompidas del paganismo, al doblegar su cerviz al yugo de la fe, transforman en virtudes sus vicios, en moderación sus excesos, y en humildad su depravación? ¿Por qué, sino porque la Religión es el compendio de la moral reducido al precepto, que contiene las obligaciones del hombre para con Dios? Sí, Señores, al calor de los rayos de la fe se forma la moral del corazón.

En resumen: hacer que se desenvuelva la actividad moral é intelectual del hombre, dentro de la esfera de lo bueno y verdadero, es el sublime objeto de la educación cristiana. Educar á la infancia cristianamente, dando, al través de las augustas sombras de la fe, asilo en los esplendores de la sabiduría increada, á esa razón naciente, que abandonada á sus propios esfuerzos no acierta á dar con el conocimiento de la verdad, es el fruto de las profundas creencias religiosas del hoy mil veces santo, Juan Bautista de la Salle; es la realización de la idea profundamente católica, de este ángel tutelar, colocado en las puertas de la vida. Educar cristianamente, dando hogar en la Religión, *que derrama una dulzura celestial en las amarguras de la vida*, al corazón, que separado de la felicidad que apetece no encuentra quietud ni reposo, es uno de los prodigios de la caridad cristiana, es el fin que se propuso el ilustre fundador de los Hermanos

de las EE. CC., al establecer esta corporación docente dotada de la inmortalidad de las virtudes. No importa que la ingratitude persiga á los hijos de la Salle, su origen está en el Cielo y allá no llega el furor de los perversos; no importa, porque *la Religión se rejuvenece en los tormentos, y sale de las llamas más hermosa, más enérgica, más fuerte, y, si cabe la palabra, más divina. La religión es como el fénix que renace de sus propias cenizas, y su cántico de muerte es el grito de su victoria.*

He dicho.

PEDRO CORNEJO M.



